

Comercial Absenta

Manuel FV

**COMERCIAL
ABSENTA**

MANUEL FERNÁNDEZ-VILLVERDE

Capítulo 1

COMERCIAL ABSENTA

—Una absenta, por favor –musitó Rubén mientras dejaba un maletín roído sobre el taburete.

—¡Son las nueve de la mañana! –respondió sorprendido el camarero.

—Tienes razón, no le pongas azúcar.

—Es que no tenemos absenta, y a estas horas no se la pondría porque me sentiría culpable.

—Me has convencido. Pues que sea un submarino de cerveza con ginebra, como siempre –se revolvió Rubén.

—Claro, mucho más sano –y sin seguir discutiendo, el camarero lepuso una jarra grande de cerveza en la que sumergió un chupito de ginebra.

La escena que describo la viví en primera persona. Era pleno octubre, y creo recordar que la primera vez que lo vi fue en la misma cafetería de la plaza de la Virreina en la que yo desayunaba cada mañana. Después, coincidí con él durante algún tiempo, hasta que dejé de verlo unos meses más tarde. En ese período creé una relación de empatía con la figura que me fui formando de lo que veía y oía, hasta que al final entre lo que conocí y lo que supuse, terminé haciendo una pequeña historia de su realidad. En la barbería he aprendido a ver lo oculto, a entender las dobleces de la vida de la gente, aquello que no dicen, aquello que solo muestran. Puede que me equivoque en algunos puntos, pero tampoco creo que mi intuición vaya muy desencaminada, y si es así, no será Rubén quien me diga que no.

Rubén sería como tú o como yo, si no fuera porque no era ni tú niyo, sino un hombre de figura abstracta que se difuminaba en su traje gris de dos piezas mal combinadas. La parte de arriba decía «soy vieja, pero resultona», y los pantalones gritaban «por favor, sacrificadme». La corbata huía de su cuello y, en rebeldía, su cuello manchaba el contorno de la camisa con un suave color a suciedad sempiterna. Ese color blanco de las camisas muy usadas, muy lavadas, muy gastadas.

Su cara era áspera, con la piel vencida y los pliegues sometidos a la desazón. Varios pelos rebeldes en las cejas habrían necesitado de mi pericia para someterlos al orden, y sus ojos aparecían permanecían constantemente encharcados en una fina película acuosa de constante

llanto reprimido. Aún así, su movimiento era vivaz y enérgico en pequeñas dosis histriónicas, dando después paso a largos letargos de vista perdida en la inopia.

Trabajaría Rubén como tú o como yo, si no fuera porque perdió su trabajo cuatro meses antes de que lo viera esa primera vez en la cafetería. Tal vez cinco, si se tiene en cuenta que estuvo un mes yendo a trabajar sin asumir su despido. En su casa aún no lo había dicho. «Eres un desastre y un vago, no me extraña que te hayan echado...; no sirves ni para vender plátanos a los monos...; y ahora qué harás, todo el santo día en casa...» temía que fuera la respuesta de sumujer si se lo dijera, así que prefirió callarse y buscar trabajo antes de decir nada. No podía ser tan complicado, al fin y al cabo había sido el mejor comercial de tornillos fresados de Barcelona —no había oído este nombre en mi vida antes de oírsele contar al camarero— y de parte del extrarradio. Bueno, en Mataró había uno que era un verdadero maestro, un tal Rodrigo, apodado El Tigre. Una máquina.

Su historia me recordaba mucho al Adversario, de Emmanuel Carrère, en la que el protagonista, intentaré no contar mucho más para no destripar toda la novela, dedica su día a simular que trabajaba en la OMS. Curiosamente en la misma obra, creo recordar, se hablaba también de una película con el mismo argumento de un hombre que ha perdido el trabajo y no se atreve a confesarlo. Imagino que lo que me atrajo de la historia de Rubén no era ese tema, sino ver la evolución de una desesperación carente de alternativas o salidas drásticas, como sí pasa en la novela de Carrère, porque en la realidad somos menos radicales de lo que la ficción muchas veces nos insinúa.

Poco a poco fui descubriendo lo que hacía para que en casa no sospecharan nada. Para intentar disimular, había mantenido sus rutinas. Se levantaba a la misma hora, se ponía el mismo traje, o parecido, la misma camisa, o parecida, y la misma corbata, o parecida. Salía a la calle y se despedía de su mujer con una mueca de labios y un brazo levantado a media altura a modo de latigazo. De haber sido más cariñoso habría resultado sospechoso. Más áspero también habría sido raro. Ese era el peor momento. Salir a la calle y no saber adónde ir. Al principio tuvo cierta gracia poder ir a desayunar con tranquilidad en algún bar del centro. Café con leche y galletas con mantequilla, como hacía su abuelo en el pueblo cada mañana —puede que no fuera así, pero como mi abuelo tomaba eso, y yo lo imitaba cuando iba a su casa, puede que haya imaginado que era su desayuno—. Ver a la gente estresada correr de un lado a otro y sentir cierta liberación por no tener que ir a ningún lado fue momentáneamente liberador. Ver la normalidad de los demás, desde su anormalidad, resultaba fresco porque era la primera vez en su vida que no tenía obligaciones reales más allá de disimular. Leer los periódicos. Darle a la lengua con alguna camarera amable. Volver a leer los periódicos. Hacer mil planes en la cabeza, dos mil imposibles y tres mil sueños

antiguos. Vivir.

Pero a medida que pasaron las semanas, y ante la falta de noticias de empresas interesadas en su «increíble y bien escrito» currículum y la escasez de historias que contar a su mujer sobre el trabajo que ya no tenía, su moral empezó a decaer. Quién no flaquearía ante ese panorama. Dejó de cambiar de cafeterías y comenzó a ir a la de la plaza porque estaba relativamente alejada de su casa, lo que, en principio, tenía que garantizar no encontrarse con nadie conocido. Había leído que era una regla básica de los asesinos en serie: no matar donde puede ser reconocido. Entre todas las cafeterías que hay en la plaza de la Virreina escogió el local más pequeño pero con los ventanales más expuestos a la luz exterior. Así podía ver pasar a la gente y estar alerta por si pasaba alguien que pudiera reconocerlo. Por lo contrario, desde la calle se podía ver unabarra corta que se coronaba con una plancha preparada para hacer platos calientes pero que llevaba tanto tiempo sin usarse que había pasado a ser una mesa donde colocar en montón los bocadillos fríos. Frente a la barra apenas cabían dos mesitas altas minúsculas con taburetes para los clientes, y al fondo a la derecha una puerta que llegaba a un servicio pequeño y mal ventilado. La verdad es que con esta descripción lo que no termino de entender muy bien es por qué lo escogí yo.

El camarero era un chico joven de origen asiático que no daba conversación a sus clientes más allá de lo imprescindible. Eso estaba bien. Así no tenía que dar explicaciones de por qué pasaba tantas horas en su barra. Claro que tampoco tenía que ser un águila detectivesca para interpretar la razón de verle todo ese tiempo sin hacer absolutamente nada. Eso, o era un espía industrial intentando copiar su fórmula secreta del bocadillo de fuet. Pronto descartó esta opción porque no hacía bocata de fuet.

Rubén se sentaba siempre en el mismo sitio: justo en el taburete de la puerta. Desde ahí podía ver pasar a la gente con la discreción que le daba el reflejo del único cristal que golpeaba el sol. Qué fascinante embrujo tiene observar a los demás. Su estrés. Su cambiante aspecto. Su cotidianidad. Poder clasificar sus rutinas, imaginar sus vidas, fantasear con las posibles historias de los jóvenes que pasaban por delante del bar y le miraban desde la prisa, inventar qué haría si fuera uno de ellos de nuevo,... querer estar en algún sitio que no fuera ese.

A primera hora siempre hacía un pico etílico de ginebra que le servía para sobrellevar el día en un letargo mortecino. Anestesiaba su mente, adormilaba a su conciencia, bloqueaba las posibles lágrimas. Sucias traidoras.

A media mañana, cuando despertaba del primer envite enebro, se dedicaba a revisar posibles ofertas, mandar cartas, aplicar en puestos

que, aunque fuera medianamente, se ajustaban a su perfil, mirar trabajos que no se ajustaban pero le apetecían...y con el último trago de cerveza se quedaba embebido en cómo cambiaría todo, en cómo sería su vida si consiguiera uno de esos trabajos. Cualquiera, ya daba igual. Le costaba tanto ser él mismo.

Cuando volvía de su mente a su arrugada realidad salía del bar y se dedicaba a pasear por la Diagonal hasta llegar donde el mar ya no le dejaba seguir sin pagar aduana, y mirando el horizonte suspiraba para comenzar de nuevo su vuelta al bar, donde tomaba una última copa antes de irse a casa a seguir mintiendo. Caminar no despertaría sospechas si le viera alguien. Siempre podría decir que estaba de visita comercial de trabajo a un cliente cercano. En realidad a quién le importaba una mierda a quién fuese a ver.

El último día que lo vi fue distinto. El sol brillaba, cosa extraña en Barcelona, conocida mundialmente por su constante lluvia y su cielo gris. Apareció radiante, convencido de que todo estaba destinado a cambiar. Rubén tenía una entrevista que pintaba muy bien porque soy la persona perfecta, decía. Aquel trabajo estaba hecho para él. Un puesto sénior, en el que tendría que llevar a un pequeño equipo de comerciales. ¡Vaya, si de algo sabía era de llevar equipos! Aunque fuera al fracaso, sabía llevarlos como nadie. Su mano izquierda era ducha y su carácter de líder motivador le había granjeado en su infancia el puesto de delegado del club de Monopoly.

—Por favor, otra cervichuela con ginebra, amigo mío —le dijo ufano al camarero—. Hoy necesito una chispita para sacar mi verborrea y mi encanto natural. Tengo una entrevista de trabajo muy importante, ¿sabes? Supongo que no lo sospechas, pero mi suerte ha cambiado. Vamos, vamos, vamos —decía mientras daba golpes con la palma de la mano en la barra—.

Respiraba hondo entre sorbo y sorbo. Estaba todo pensado, sabía lo que diría, la postura que pondría en la silla, sus puntos fuertes y débiles —¿Débiles? Él no tenía puntos débiles, pero intentaría ser humilde—, y sus pretensiones económicas. Incluso había traído pasta de dientes y colonia para disimular cualquier atisbo de alcohol o sudor durante la entrevista. Todo pensado, todo calculado. Fríamente.

—Estoy pletórico —dijo al acabar la jarra— ¡Otra me merezco!

—Es que ya lleva tres, Rubén. No creo que le convenga beber más si quiere estar bien en esa entrevista que dice tener —le rogó el camarero, posiblemente más interesado en que le dieran el trabajo que el propio Rubén para conseguir así que desapareciera el “ninot” que decoraba su

entrada todos los días—.

—Por favor, soy corpulento y tengo el aguante y el entusiasmo de un vikingo invadiendo Mallorca. Ponme esa jarra e invita a todos a lo que estén tomando de mi parte.

—Es que no hay nadie, está usted solo —le dijo el otro con cierta vergüenza.

—Sí, tienes razón. Pues tómame tú algo conmigo. ¿Qué tomas?

—Nada, muchas gracias. Estoy trabajando y no bebo alcohol. Soy musulmán.

—¡Pero si eres chino!

—Soy mongol, no chino —respondió con cierto enfado el camarero.

—¿Mongol? —empezó Rubén con una carcajada—. Pues no te preocupes, que no me importa tu inteligencia —siguió riendo—.

No detuvo sus bravuconadas mientras se ajustaba la corbata. Tenía un pequeño tic nervioso que le hacía mover el hombro izquierdo, como buscando colocarse bien la americana.

—Mongol, ponme un chupito de Hendricks, que me tengo que ir —sentenció preparándose para la batalla—. Mientras, voy al W.C. a arreglarme. Y no te mosquees, que lo de mongol es broma.

—¿A qué hora tiene la entrevista? —intentó suavizar el camarero.

—A las diez en punto. Estaré ahí como un reloj. Puntual como un inglés, incluso puede que un poco antes, como un alemán —ejemplificó intentando poner un porte recto y señorial—.

—Pues ya son las once.